

VACACIONES EN MOVIMIENTO

NUESTRA ATLETA HIZO UN ALTO EN SUS ENTRENAMIENTOS, COMPETENCIAS Y CLASES Y VIAJÓ POR PLACER A LA ISLA DE PASCUA. PERO COMO NO PUDO CON SU GENIO, ALQUILÓ UNA BICI Y CONVIRTIÓ SU DESCANSO EN UNA SERIE DE PEQUEÑOS DESAFÍOS. ACÁ NOS CUENTA QUÉ HIZO Y CÓMO. **POR CAROLINA ROSSI***

ENCONTRÁ MÁS
RUTINAS FÍSICAS
EN NUESTRO SITIO

CONEXION
BRANDO
COM

► CREO QUE VIAJAR Y CONOCER LUGARES

nuevos es una inversión que no pierde valor. En la Isla de Pascua, o Rapa Nui en lengua local, escuché decir a un viajero: "Viajar a lugares desconocidos nos ayuda a ser menos arrogantes y a comprender el mundo como realmente es y no como lo pensamos". Y creo que se trata de eso. En esta oportunidad, quise viajar sola por primera vez y sentí un poco de miedo. No miedo a la situación física de la soledad en sí, sino a no poder disfrutar por no tener con quien compartirlo. Me sorprendí: fue un viaje de introspección, necesario para ordenar algunas ideas en mi cabeza.

Pero ¿por qué Rapa Nui? Porque como me costaba hacerlo sola, tenía que elegir un lugar que me motivara mucho, que fuese especial. Hoy puedo decir que fue el destino perfecto para lo que buscaba: sorpresa, paz y buena energía. Y si bien mi plan era descansar, no pude con mi naturaleza; a las dos horas de llegar, alquilé una bicicleta y decidí que ese sería mi único medio de transporte en esa isla del Pacífico chileno que mide tan solo 24 km². Por módicos 18 mil pesos chilenos (36 dólares), tuve movilidad durante toda mi estadía y conocí casi todo lo que hay que conocer sin pagar una sola excursión. Cuando la vi, me enamoré: era una todoterreno negra con doble suspensión, ruedas bien gruesas y muchos cambios, mi compañera perfecta para esa geografía ondulada y pedregosa. Al ser una isla volcánica, es casi imposible hacer más de 300 m en llano sin encontrarse con una cuesta.

La primera tarde inauguré la pedaleada con una travesía al volcán Orongo. Fueron 10 km en subida, muy duros. A veces daban ganas de bajarse de la bici, pero como me había propuesto no hacerlo jamás, seguí pedaleando con el cambio más liviano y a más de 150 pulsaciones por minuto, un pulso altísimo para la bici. Al llegar a la cima, ahí estaban las ruinas a las que, dicen, iban los sacerdotes a rezar. Y el cráter, imponente. El regreso fue increíble: todo lo que había padecido en la subida lo agradecí mucho en la bajada. Por momentos mi Garmin marcaba 60 km/h, sin tocar los frenos, excepto en las curvas. Mi hostel se hallaba apartado, pero muy cerca del área arqueológica Tahai. Desde mi habitación se veía el mar y a solo 150 m podía encontrarme con un moai solitario, una de esas

misteriosas estatuas construidas por los pobladores originarios, llamados rapanuis. Hay muchísimos por toda la isla y de distintas formas y cantidades. Prácticamente, todos miran a la isla y no al mar, para cuidar a la gente.

Al día siguiente mi destino final fue Tongariki, la típica postal de la Isla de Pascua en la que se ven 15 moais juntos en fila. Fue muy duro llegar hasta allí. El día no parecía ideal, había nubes y lloviznaba en forma intermitente. En el pueblo pregunté a qué distancia estaba y si era posible llegar en bici, y me dijeron que pedaleando a buen ritmo en media hora llegaría. Nunca voy a olvidar a la mujer que me dio esa información. Fueron 28 km y tardé casi tres horas, porque además de ir parando en zonas arqueológicas obligadas y paisajes costeros de ensueño, las subidas, el viento y los caminos de ripio y barro impedían ir a más de 14 km/h en promedio. Pensaba que no llegaría nunca y me asusté un poco; estaba pedaleando completamente sola por lugares inhóspitos, sin teléfono, con un cielo por momentos negro y dudando muchas veces de si estaba en el camino correcto. En una oportunidad, me crucé con un grupo de turistas que amablemente se ofrecieron a cargar mi bici en su camioneta y a llevarme hasta Tongariki, pero el cansancio de mis piernas pesó menos que mi orgullo: quería llegar al destino pactado por mis propios medios. La llegada fue un momento muy especial. Una recompensa enorme al sacrificio del arduo camino. Me quedé un buen rato, saqué muchas fotos, comí algo, descansé y después pegué la vuelta. Quedaba otro punto cercano por visitar a unos 7 km: Rano Raraku, la fábrica de los moais, donde se ven estatuas diferentes de todas las otras. Son rostros enormes con narices respingadas. Dejé mi bici y observé maravillada cada gigante de piedra.

► La primera tarde inauguré la pedaleada con una travesía al volcán Orongo. Fueron 10 km en subida.

El tercer día sería distinto. Elegí un destino que pocos hacen, pero para mí, amante del trekking y de los ascensos, era una cita obligada: el volcán Maunga Terevaka, el punto más alto de la isla (más de 500 m. s. n. m.) y desde donde puede apreciarse una vista de 360°: el mar en todas las direcciones, algo que no existe en ningún otro punto. No fui sola esta vez. Me acompañó Sandro, un brasileño muy simpático que conocí en el hostel y que también tenía bicicleta y quería subir al volcán. Partimos a eso de las once de la mañana. Después de pedalear cerca de una hora tuvimos que dejar las bicicletas y seguir a pie. No había sendero o, si había, nunca lo encontramos, por lo que simplemente decidimos ir camino a la cima en línea recta y siempre hacia arriba. Marqué con mi GPS la ubicación en la que habíamos dejado las bicis y emprendimos la marcha. Subimos rápido, a razón de 360 m/h, y cerca de la una y media de la tarde alcanzamos la cumbre. Almorzamos, descansamos y decidimos volver pronto porque el viento había bajado mucho la temperatura y no llevábamos buenos abrigos. El regreso fue mucho más rápido, pero, de no ser por el GPS, jamás hubiéramos encontrado nuestras bicicletas amarradas a un árbol solitario en el medio de la nada.

El cuarto día quise ir a la zona de la playa, Anakena. Era el único que me quedaba por visitar de los destinos que más me interesaban y no sabía si pedalear otra vez o contratar un taxi. Pero como ser independiente no tiene precio, preferí pedalear de nuevo para poder quedarme hasta que se me diera la gana y visitar otros puntos cercanos sin apuro y a mi ritmo. La ida fue más corta de lo que imaginaba, un camino de 21 km que me llevaron 75 minutos, también con subidas, bajadas y viento, pero todo asfaltado. El tramo final era un descenso de varios kilómetros con curvas y más curvas, con el mar al frente y a ambos costados. Por momentos, llevaba una velocidad infernal y cerraba los ojos sintiendo y oyendo solamente el viento. "¿Si esto no es felicidad, qué es?", pensaba. Estaba muy agradecida de estar viviendo todo eso. Fue un instante de mucha magia, especialmente al llegar a Anakena, toda una emoción en sí misma. Después de tanta pero tanta ruta, aparece un oasis con palmeras, agua cristalina y cinco moais sobre la arena blanca. Un paisaje surrealista



por donde se lo mire. Estaba nublado, había viento y no haría más de 15°, pero no podía volverme sin haber nadado un poco en esas aguas. Por las dudas, amarré mi bici, me tiré un rato a leer y después me puse el traje de neoprene para zambullirme un rato, lo suficiente para salir fresca y renovada para el largo camino de regreso que me esperaba. A la vuelta hice dos escalas que prolongaron unos 13 km el recorrido, pero realmente valieron la pena: Ahu Akivi, a 5 km en

un desvío de la ruta principal, es el único lugar donde pueden verse siete moais que miran al mar. El entorno es de aldea de cuentos, praderas de colores verdes y amarillos en todos sus tonos, caminos de tierra colorada, el mar de frente y un cielo azul y despejado que sentí como un regalo en mi última tarde (siempre había estado nublado hasta entonces). Me quedé un rato y emprendí la vuelta pasando por mi última visita: Puna Pau, otro paisaje de fantasía. Rocas

gigantes perfectas sobre pastos verdes, colinas y caminos de mil vueltas, y subiendo un poco, un paisaje que se abre a la inmensidad dejando apreciar desde la altura las tantas bellezas de Rapa Nui en miniatura. Enseguida recordé una frase que leí en *El libro de los abrazos*, de Eduardo Galeano, en el que un chico sorprendido por la inmensidad del mar dice: “Papá, ¡ayúdame a mirar!”.

Finalmente, el reloj marcó 54 km totales de recorrido por terreno ondulado y en mis piernas ni se notaban. De regreso, y con la luz de las cinco de la tarde, fui a ver el atardecer al lugar de mi moai preferido: Ahu Akapu. Me quedé sentada un buen rato y, si cerraba los ojos, podía sentir la energía de ese lugar mágico y de esos seres que navegaron 4.000 km y esculpieron en roca hace más de mil años a los guardianes de la isla.

Pocas veces repito un destino, va contra mi filosofía y mis ansias de conocer el mundo, porque creo que la vida es corta y la tierra, demasiado grande. Pero también creo que hay lugares que valen la excepción. Y por eso puedo decir que a Rapa Nui voy a volver.

• **Carolina Rossi es capitana del running team FILA de Palermo y entrenadora personal. Lleva una vida inquieta: corre 42 km, nada, sube montañas y viaja sin parar; hizo cumbre en el Aconcagua y el Kilimajaro en 2010; participó del maratón de Malvinas en 2012 y acaba de cruzar los Andes corriendo. Ahora, sueña con un Iron Man. www.carolinarossi.com.ar**